





Ver y maquinar



Pablo Nacach

# Ver y maquinar

La emergencia de  
una nueva sensibilidad



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Ilustración:* © Stefan 1085

*Primera edición:* abril 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Pablo Nacach, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6435-9

Depósito Legal: B. 6962-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Raquel y Olga, por orden de a/parición*



Por potente o débil que mi vista sea, con ella alcanzo solo a cierta distancia, y en ese recinto es donde vivo y obro; la línea del horizonte es mi destino inmediato, destino grande o pequeño del que no puedo escapar. De manera semejante nos encierra el oído en un espacio reducido, e igualmente el tacto. En función de ese horizonte, en el que cada uno se ve encerrado por los sentidos como entre los muros de una prisión, *medimos* el mundo, decimos que esto está cerca y aquello lejos, que esto es grande, y aquello, pequeño, esto, duro, y aquello, blando: a ese medir lo llamamos sentir —y todo, todo eso, en sí, no son más que patrañas!

F. NIETZSCHE, *Aurora*



PUNTOS CARDINALES:  
LA VIDA EN EL CAPITALISMO DE CRISTAL

*Gracias, Vicente, por la inteligencia y por los pliegues*

La cuna se balancea sobre un abismo, y el sentido común nos dice que la existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas.

VLADIMIR NABOKOV, *Habla, memoria*

Los particulares puntos de vista que asumen memoria y mirada a la hora de organizar el mapa de la sensibilidad y la sensorialidad actual; las técnicas particularizantes que emplea la transparencia como herramienta de control y dominación social; las marcas *made in* Capitalismo de ayer, hoy y siempre que dejan en los cuerpos la máquina, la maquinaria y los mecanismos de producción, acumulación, intercambio y consumo de mercancías, y el formato infantil e infantilizador que está en la base de las prácticas relacionales cotidianas, constituyen los cuatro puntos cardinales que (des)orientan la vida en el capitalismo de cristal.

Acercándose y alejándose según azares siempre complejos de desentrañar, el par memoria/olvido y el par mirada/vista cargan sobre sus espaldas y guardan en sus retinas la difícil tarea de ordenar la emergencia de una nueva sensibilidad.

¿Cuán lejos somos capaces, personalmente, de recordar?

Metrónomo suave e insistente, mediante delicados golpecitos en la espalda los latidos del corazón de la madre aplacan la posible angustia del feto, que desde fases tan tempranas comienza su periplo narcisista dentro de esa envoltura sonora que es el útero. ¿Hasta qué punto somos capaces, colectivamente, de olvidar? *Ars memoriae* de dudosa calidad, Google se arroga el derecho legal de amontonar cada una de las palabras y las cosas que flotan a su aire en el Universo. Al estilo del Aleph borgiano, ese sitio donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe vistos desde todos los ángulos, nuestro motor de búsqueda por antonomasia vomita bulímicamente una memoria que se queda en los huesos. Prótesis omnipresente de memoria externa global, Google se encarga de recordarnos que nada es más complicado de hacer en esta vida que olvidar: el territorio y el mapa de la memoria contemporánea se superponen *exactamente* entre sí.

Con una sociedad empeñada en lapidarnos mediante aquella nietzscheana cantidad tremenda de indigestas piedras de saber que entrechocan en la panza, se hace muy pesado sacar de paseo por las calles del Ser al *animal obliviscens* que anida en nuestras mentes y en nuestros corazones. El Muro de Facebook parece cruda metáfora del vínculo entre la consciencia y los bajos fondos del Yo; *deep Web*, sagaz metonimia del lazo entre el imaginario colectivo y la sociedad.

Sumida en un letargo hipnótico que no hace más que desperezarse, como si un hábil carterista le hubiera robado el ayer y el mañana, en el cruce de caminos señalizado por la memoria y el olvido posa un instante su mirada la vista del presente, que vuela como una mariposa y pica como una avispa en las partes más sensibles de la realidad rev(b)elada.

El par memoria/olvido y la mirada (y la vista) se dan cita técnicamente en el iPad y demás tablets de la familia: máquina registradora en el fondo y almacén de ultramarinos en la forma, el iPad reúne *para sí* una serie privilegiada de idearios históricos y tropicónes dialécticos, de imagerías simbólicas y estructuras ideológicas. Y de igual manera que para explicar el proceder de la memoria Platón utilizó la alegoría de la tablilla de cera que empleaban en sus diálogos Sócrates y Teeteto, Schopenhauer esgrimió la imagen de un paño que reproduce y conserva las dobleces en que ha sido plegado, y Freud se valió de la pizarra mágica escolar para dibujar los trazos y reconstruir los trozos de nuestro aparato psíquico, maquinamos aquí la hipótesis de que el iPad representa la metáfora más acertada para pensar y pensarnos.

Cristal y transparencia(s) constituyen un matrimonio por conveniencia de dicho y de hecho, que ha dado magníficos resultados en las complejas funciones de control y dominación social para las que celebraron sus esponsales.

La principal virtud del capitalismo es una condición natural que trae desde la cuna y que se llevará a la tumba: su fantástica estrategia adaptativa. En el transcurso de tan solo una década, la que va de la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008 hasta hoy, la sociedad gaseosa en la que chocábamos relacionalmente como burbujas, evaporándonos dentro de la olla a presión que cocinaba el capitalismo gaseoso, ha conseguido resetearse convenientemente para encontrarse vivito y coleando, mutando en un capitalismo de cristal pronto siempre a quebrarse o a resquebrajarse, pero nunca a romperse.

Dueño de una salud frágil y delicada, el capitalismo de cristal es materialmente propenso a las quiebras nacio-

nales e internacionales, motivo por el cual requiere cuidados intensivos en forma de rescates financieros, amnistías fiscales y parches impositivos. Propietario de un ánimo taciturno y desaliñado, el capitalismo de cristal está potencialmente expuesto a fugas y filtraciones globales, por lo que precisa adecentarse con lavados de cara, inyecciones de bótox y masajes con final feliz. Debido a la fama de elemento quebradizo del cristal, *fake news* y hackeos están a la orden del día, traiciones que se escurren como anguilas entre sus grietas sistémicas y se introducen como langostas por sus agujeros informáticos. El techo del capitalismo también es de cristal, que corta a rajatabla y a medida a quien osa intentar atravesarlo, mientras que su mandíbula de cristal lo expone a sufrir los más espectaculares *knock-outs*.

Una cualidad inherente al propio cristal nos ofrece las prestaciones materiales más fabulosas: la transparencia que le viene incorporada de serie. Permitiendo ver pero no tocar, fundiendo y confundiendo proximidad y distancia, comportándose como subterfugio legal de clase ociosa y planificando el menú del inconsciente óptico contemporáneo, el cristal capitalista nos sumerge de lleno en la emocionalidad moral del mundo. Es la *perspicuitas universalis*, una formidable herramienta de administración de la vida, perfectamente capacitada para vislumbrar los más ínfimos microorganismos del Espacio y los agujeros más negros del Tiempo.

Máquina, maquinaria y mecanismos combinan, con su habitual maestría *made in* Capitalismo, un sinfín de saberes prácticos y de poderes fácticos en el proceso de construcción social del individuo, elevándose como uno de los más poderosos y letales tridentes de la historia de la humanidad. En el ámbito de una yerra lúdica y festiva para

quienes empuñan los hierros candentes y lúgubre y sombría para quienes recibirán la firma en el anca, la mercancía más rentable del capitalismo de cristal ha sido marcada a fuego con un tatuaje indeleble que la estigmatiza como lo que, desde tiempos antiguos, verdaderamente es: un *instrumentum vocale*, al que solo le ha quedado el habla como fuerza productiva para la lucha.

La polución que, por un lado, pinta de negro el sol y las calles, las fábricas y las literaturas, y el ruido ensordecedor que, por el otro, oscurece el arco sinfónico de las escuchas sociales, se elevan como marcas capitalistas que, desde sus inicios industriales, adquieren permiso de libre circulación para convertirse en lazos federadores de sentido. Y ello a pesar de que hubiera sido posible evitar tanto derroche energético e insalubridad fabril llevando a cabo unos pequeños retoques técnicos. ¡Pero si, precisamente, el derroche de energías y la ostentación de fuerzas suponen las marcas mejor valoradas por el capitalismo en su sempiterno deambular al borde del precipicio y al filo de la navaja!

¿No posee, cada época determinada, una larga procesión de objetos fetiche preferidos con los que se exhibe y pavonea, trabaja y explota, juega y educa? ¿No forja, cada momento histórico concreto, un amplio catálogo de obsesiones personales y esquizofrenias colectivas que lo define y encierra? ¿No surge, de cada era puntual, una estructura adictiva hegemónica y un régimen específico de metáforas de dominio?

Ayer, el capitalismo industrial dio a luz a un sistema de pesos y medidas que privilegió los objetos grandes y pesados, todos inefablemente teñidos de hollín y de carbón. William Morris veía titánicas catedrales en los buques que surcaban los mares: la pesada inmensidad y la colosal envergadura de la máquina de vapor, la locomotora y el transat-

lántico dotaron al momento originario del capital de un criterio de eficacia directamente proporcional al tamaño XL y al peso pesado de sus máquinas, maquinarias y mecanismos.

Hoy, el capitalismo de cristal no alumbra la aparición de objetos nuevos, sino que más bien propicia su adiós: la tendencia simbólica a la desaparición de los objetos técnicos es la gran revolución que cautiva la fantasía de nuestro tiempo. La Nube es el arcón de mayor capacidad e ingravidez de la historia de la civilización, pocos *gadgets* resultan tan livianos como Spotify, ningún mando a distancia resulta más inmaterial que jugar en modo *neurogaming*, y cargada de adrenalina está la sensación de ser poseedores *sharing* de pisos, coches, bicicletas y patinetes eléctricos repartidos por la ciudad sin ser realmente propietarios de ninguno. Como el diablo, también la transparencia mete aquí la cola para vendernos más (fr)ágil y ligera que nunca la vida en el capitalismo de cristal.

Juegos, jugadores y juguetes hacen sus apuestas en una ruleta rusa de la que siempre sale disparada la misma bala perdida, aquella que acierta de pleno en el ánimo del *puer ludens* que todos llevamos dentro.

Infantilismo, etapa superior del capitalismo: he aquí el título de nobleza, o el código de barras, que con mayor acierto refleja el carácter del curso que han tomado las relaciones personales en el mundo actual.

¿Qué rito de iniciación al modo de producción infantilista es más fiable que desnudar completamente al Ser, eliminando sus secretos mejor guardados en un rincón del corazón? La transparencia absoluta y la visibilidad total son las herramientas más idóneas para conseguir una exposición mediática permanente. ¿Qué mito de arraigo al modo de comunicación infantilista ofrece mayores garantías de

éxito que anular virtualmente las distancias espaciales y los desajustes temporales, procediendo a elaborar una macrooperación fusional que funde y confunde al realizador con lo real, al realizado con la realidad? La inmediatez rutilante y la simultaneidad visceral son los instrumentos que mejor se ajustan a las actividades de *Mergers & Acquisitions* del presente.

Es pan nuestro de cada día sentirnos encantados con la sociedad pueril que habitamos, cuando el mismísimo Hijo de Dios nos enseña la misión infantoevangelizadora de Su legado en Lucas 18:15-17 y en Marcos 10:13-16, donde sucede que «le presentaban también los niños pequeños para que los tocara, y al verlo los discípulos, les reñían. Mas Jesús llamó a los niños, diciendo: “dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como estos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él”».

De esos juegos en los que ningún contendiente gana sino que uno pierde más despacio que el otro, viajar se eleva como el más característico: al igual que el tiburón, que carece de vejiga natatoria de flotación y no puede dejar de nadar, el *homo viator* contemporáneo tampoco parece capaz de detenerse. Pero viajar es más un juguete que un juego, del que se desprende como una insólita protuberancia el tipo ideal de acción racional con arreglo a fines, un turista con denominación de origen que transita circuitos sin pérdida de ida y vuelta, disfrazando su (in)quietud errante con máscaras de frenesí y excentricidad.

Pocos objetos resultan menos inocuos e inocentes que los juguetes: si no se pasan los minutos construyendo diálogos taciturnos entre ellos y su cultura, matan las horas reproduciendo a escala el universo adulto que se impone a

la *infantia*; si no se tiran los días urdiendo planes para favorecer el ingreso de los más pequeños en el aparato ideológico del Estado Mayor, estiran las noches soñando con convertirse en símbolos técnicos del Progreso. Y si, una vez descartada, despanzurrada y reparada, hasta la muñeca más principesca se convierte en una estimada camarada proletaria en la lúdica comuna infantil, como refería Walter Benjamin, los adultos, en cambio, tienen muy claras sus opciones. Así, los juguetes por excelencia del capitalismo de cristal son el automóvil, líder carismático que conserva una autoridad ganada a golpe de petulancia y velocidad; el reloj, fetiche de alta gama que no se ha dejado en las cunetas de la historia ni un ápice de su prestigio social, y el teléfono móvil, artilugio autoerótico que forma parte ya del propio organismo y se eleva como cabestro que tira de la consciencia por las calles relacionales del inconsciente social.

Cuatro briosos caballos montados por raudos jinetes parecen situarse junto al extremo de cada punto cardinal, donde una cuerda trenzada con desechos de historia y eternidad ha sido atada y bien atada a unos cuellos ligeros como la transparencia y quebradizos como el cristal.

El que monta un corcel blanco porta el arco y la corona de la victoria, el que acude en un alazán trae consigo la espada de la guerra; el que cabalga en un corcel negro es dueño de la balanza del hambre, el que se acerca en un bayo ha reunido la fiera mortífera de la tierra entera.

Cada jinete espolea a su caballo, que tira con todas las fuerzas de la realidad: la imagen que podemos visionar en *streaming* es esa extraña cosa a la que habitualmente llamamos «sociedad».